



Espacio Abierto

ISSN: 1315-0006

eabierto@cantv.net

Universidad del Zulia

Venezuela

Quitíán Roldán, David; Urrea Beltrán, Olga
Fútbol, radio y nación (1946-1974): una visión antropológica de la violencia en Colombia
Espacio Abierto, vol. 25, núm. 2, abril-junio, 2016, pp. 51-66
Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12246766003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología
Vol.25 No.2 (abril - junio, 2016):

Fútbol, radio y nación (1946-1974): una visión antropológica de la violencia en Colombia.

*David Quitián Roldán **
*y Olga Urrea Beltrán **

Resumen

El artículo intenta una comprensión de la actual globalización del fútbol y su estatus como asunto de Estado, expresado en acontecimientos como las protestas del 2013 en Brasil. Para ello, propone una lectura de caso: el de la historia colombiana del periodo conocido como La Violencia, hasta el fin del Frente Nacional (1946-1974); apelando a la interpretación antropológica. Para ello se vale del examen del deporte, especialmente del fútbol (con alusiones al ciclismo), donde la radiodifusión jugó un papel preponderante: creó la ilusión de lo nacional que la política no había logrado por su incentivo a la violencia bipartidista. Así, uno de los hallazgos es la manera atípica de inserción del deporte en el proceso civilizador y modernizante: lo hace en medio del conflicto y no como fruto de la pacificación, como lo afirma Norbert Elias. De igual manera, el texto explica la constitución de identidades/alteridades a través del periodo futbolístico denominado El Dorado, en el que la violencia y la radio son contexto y potenciador de narrativas, respectivamente.

Palabras clave: Fútbol; radiodifusión; estilos narrativos; violencia política.

Recibido: 08-01-2016 / Aceptado: 10-02-2016

* Universidad Nacional Abierta y a Distancia-UNAD/Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del Deporte-ASCIENDE Colombia.
E-mail: quitiman@yahoo.es y olgalucy2006@yahoo.es

Football radio and nation (1946-1974): an anthropological vision of violence in Colombia.

Abstract

The article attempts understands the current globalization of football and its status as a matter of State, expressed in events like the protests of 2013 in Brazil. It proposes a reading of a case: Colombian history of the period known as “La Violencia”, until the end of the National Front (1946-1974); appealing to the anthropological interpretation. To do this, the sport is looked at, focusing in football (with allusions to cycling). and in the major role played by broadcasting: this created the illusion that national politics had failed because their incentive to bipartisan violence. Thus, one of the findings is how the sport is inserted atypically in the civilizing and modernizing process: it does in the midst of conflict and not as a result of appeasement, as stated by Norbert Elias. Similarly, the text explains the constitution of identities / otherness through the footballing period called El Dorado, where violence and radio are context and narrative enhancer, respectively.

Keywords: Football; broadcasting; narrative styles; political violence.

¿Cómo llegamos aquí? Las manifestaciones de Brasil como contexto sociológico del fútbol como hecho global, asunto nacional y actual escenario de protesta social

Las protestas en Brasil, de junio 2013, en el previo de la Copa de las Confederaciones que se realizaría en ese país, están conectadas con las movilizaciones sociales de Túnez, Egipto, México y España. Son evidencia del creciente descontento tanto del modelo económico -culpable del aumento de la desigualdad medida en el índice Gini- como del propio orden que ordena al planeta: el sistema-mundo, en los términos de Wallerstein (1979).

Ese vínculo fue posible a través de al menos dos medios: la revolución de la comunicación y la globalización. Ambas son complementarias y de fronteras difusas: código y canal, gramática y estructura; texto e hipertexto. La comunicación se diversificó, sofisticó (ahora no solo es posible, sino fácil, emitir-transmitir-recibir-retroalimentar datos en plataformas multimedia, con inmediatez) y se potenció: tiempo y distancias se acortaron. Esa circunstancia propició la sensación *efecto mariposa* y -como fichas

de dominó cayendo- se encadenaron las protestas en Medio Oriente, África, Europa y América Latina.

Así las cosas, ya no es descabellado pensar que lo ocurrido en El Cairo llevando al derrocamiento de Mubarak, pudo alentar -y compartir aprendizajes- con lo desencadenado en Ciudad de México (el movimiento estudiantil #YoSoy132) o en Madrid con “los indignados”. Situación que ayuda a explicar lo ocurrido en Brasil, país de proporciones continentales, en donde unas 80 ciudades fueron escenario de multitudinarias manifestaciones convocadas a través de redes sociales -principalmente Facebook y Twitter- configurando un hecho inédito: no hubo mando central ni pliego cerrado de reivindicaciones.

Al desconocerse jerarquías y abrirse el espacio para reclamaciones distintas a las abanderadas por movimientos establecidos, las manifestaciones podrían caracterizarse como heterarquicas y de protesta universal; en otras palabras, la consigna central era pronunciarse “en contra de”, en este caso de los blancos más expuestos y coyunturales del momento (los detonadores): aumento de los pasajes urbanos y el fútbol, más concretamente la Copa del Mundo de la FIFA, del año 2014.

Que el fútbol haya sido la chispa de los disturbios no es asunto inédito. Ya sabíamos, a través de trabajos de colegas latinoamericanos (Alabarces, 2004; Garriga, 2007; Villanueva & Amaya, 2009) de su susceptibilidad para convertirse en campo de interpelación al establecimiento mediante el uso racional (en los términos de Weber, 1977) de la violencia. Pero, ocurrir en el llamado “país del fútbol” si fue una novedad ¿Por qué un pueblo amante del *jogo bonito* rechazó una fiesta de ese tamaño en su propia casa?

Un intento de respuesta está inspirado en el trabajo del antropólogo carioca Roberto Damatta, quien considera el fútbol -junto al carnaval- como el espacio en donde la nación tiene lugar y se recrea (1994). Esta reinención ocurre cada cuatro años en los Mundiales, donde la “Canarinha” o selección de Brasil asiste sin falta (es la única que jamás falló) y complejiza la relación de los brasileros con el fútbol (y con su equipo): es a la vez medio, mensaje y fin. Permite el desfogue festivo, la confección de identidades y la manifestación política.

Una compatriota suya, la también antropóloga Simoni Guedes propone la herramienta analítica del “fútbol institución cero”, concibe el balompié como una estructura susceptible de vaciarse de contenido, para ofrecer su forma a cualquier contenido. De esta forma, el fútbol sirve casi para cualquier cosa (Guedes, 1977).

Aún siendo temprano para dilucidar lo realmente ocurrido, es necesario registrar dos conquistas importantes obtenidas en la patria de Pelé. El estamento político, estupefacto y temeroso respondió con una concesión inimaginable, firmó a las volandas, apresuradamente, una ley donde se destinó toda la utilidad petrolera a la salud y educación. La FIFA (después de ese descalabro que fue el comienzo del fin ahora con sus jerarcas tras las rejas por cargos de corrupción) se lo tendrá que pensar dos veces antes de realizar su leonino modelo de negocio, del producto Copa del Mundo, en naciones de economía emergente. Se les cierra el círculo: si se empeñan en ese tipo de negocio, sus opciones se reducen a un puñado de países ¿Pagarán el precio (impopularidad, rebelión de

los clubes, creación de otras entidades) de reducirse a un restringido grupo de naciones?

Pero, esa interrogante, que alude al rango del fútbol como “asunto de Estado”, a su instrumentalización política (como ya aconteció tantas veces: Mundial de Italia 1934, Selección de Brasil 1970, Copa Argentina 1978) y su potente globalización, merece una aproximación a su socio-génesis para detectar la apropiación popular del fútbol y los intentos de cooptación por las élites (con éxito relativo) y su versatilidad *para ser narrado* a través de la massmedia, muchas veces mostrándolo como sustituto de la patria.

Por tal razón, proponemos una mirada del fútbol en Colombia; entendiéndolo como un elemento del programa modernizador de las élites, pero, también como una conquista popular cuya tensión se detecta en medios de comunicación masiva como la radio, especialmente de los años 40 a 70 del siglo pasado. Todo esto en el contexto de la violencia política del país que -como veremos- fue animadora de su origen y aceleradora de su singular y vigoroso desarrollo.

La Selección Colombia, la radio y el locutor deportivo

El cuarto centenario de Bogotá propicio una triple aparición: un equipo de balompié representativo del país (en adelante se llamaría *Selección Colombia*, teniendo como antecedente el de los Centroamericanos de Panamá, en febrero 1938), transmisiones radiales de fútbol y el locutor que inventaría el estilo narrativo del deporte nacional, Carlos Arturo Rueda. Los festejos de los cuatrocientos años de la capital colombiana, incluyeron la realización de los I Juegos Bolivarianos durante el mes de agosto de 1938. La coincidencia de esos tres hechos no es fruto del azar: los esfuerzos por establecer una radio comercial en la década del treinta, a través de su progresiva popularización regional, se compaginan con los esfuerzos de la *República Liberal* (1930- 1946) de consolidar la unidad nacional mediante una serie de medidas, entre las que se destacó la reforma constitucional de 1936.

Los Juegos Bolivarianos pueden entenderse dentro del programa modernista de las élites nacionales asentadas en Bogotá, que vieron su organización y desarrollo como una oportunidad para presentar a la ciudad y al país como una sociedad que luchaba contra los problemas de la raza, la pobreza y el atraso. En ese programa el deporte o *sport* ocupaba un lugar preponderante: reglamentación de la enseñanza de la educación física en las escuelas desde 1925 mediante la Ley 80 y deportes instalados desde finales del siglo XIX en los clubes fundados por la burguesía nacional agroexportadora, entre los que se destacan el Polo (fundado en 1896), el Club de Tiro (1911), el American Sport Club y el Country Club (1917), por citar apenas a los bogotanos.

Oficiar como anfitriones de un certamen deportivo de carácter internacional tenía el propósito de mostrarse interna y externamente. Demostrando condiciones necesarias de progreso para acoger delegaciones extranjeras y la solvencia atlética para enfrentarlas -con equipos nacionales- en las pistas de competencia, lo que era presentado como logros de la modernidad y la civilización. En ello contribuyó la radio fabricando relatos que fueron articulando una narrativa de lo deportivo donde progresivamente se incluyó lo nacional, así las emisoras aun no tuviesen la potencia para cubrir todo el territorio. Al respecto, la

emisora Nueva Granada, del grupo de pioneras de la radiodifusión colombiana, destaca por el descubrimiento de las cualidades discursivas del deporte y empeño por transmitirlo.

La Nueva Granada empezó a emitir señales de onda corta en 1935 (con una frecuencia de 610 Khz) y emulando un par de episódicos intentos de otras radios locales, probó transmitir algunas competencias atléticas de los Juegos Bolivarianos de Bogotá 1938. Estrenó la figura del locutor relator de deportes; oficio nuevo que exigía el manejo de por lo menos dos técnicas: lingüísticas con exigencias de dicción, sindéresis y elocuencia para hablar frente a un micrófono y de las especialidades deportivas narradas.

Carlos Arturo Rueda es la figura excluyente del relato oral deportivo. La mitología erigida en torno suyo le atribuye no sólo la estética del discurso (relato épico, agonista, metafórico, desgarrado), sino también la invención del formato mismo de las transmisiones, especialmente de fútbol y ciclismo, configurando lo que sería la emisión y la propia escucha radial de los deportes en Colombia. Así, “El Campeón” como sus colegas y oyentes lo bautizaron en una clara transposición de roles, en la que el juglar asume las propiedades del personaje narrado, fue el artífice del campo radial deportivo en nuestro país.

La radio, la violencia y el relato radial deportivo

¿Cómo los colombianos se aficionaron por lo deportes relatados por las ondas hertzianas? Más aun: ¿Cómo se apasionaron por la radio? Interrogantes que remiten a un desafío anterior, establecer el origen de esta práctica social, cuáles fueron los factores de su popularización y de conversión en el medio de comunicación por excelencia en las décadas del 60 y 70.

La radiodifusión fue un movimiento internacional, posibilitado por los descubrimientos e inventos finiseculares y decimonónicos de físicos e ingenieros como James Maxwell, Heinrich Hertz y Guillermo Marconi, entre otros, que lograron el viaje codificado de sonidos a través de ondas electromagnéticas, desde un equipo emisor a uno receptor que lo descodificaba a su versión fonético-sonora original, alcanzando su esplendor desde la tercera década del siglo XX. De ese proceso participó Colombia con sus primeros contactos a través de aficionados que conocieron el furor desatado en Estados Unidos y Europa Occidental por el uso social de esta tecnología -llamada desde entonces *broadcasting*- y la importaron: así llegaron los primeros modelos de radio al país, especialmente por la costa Caribe, captando señales remotas, de onda corta, de estaciones lejanas.

Esa escucha era mediada por un artilugio que precisaba capital económico y escolar. Los equipos receptores eran costosos por ser importados y requerían de experticia para ser manipulados: conocimiento básico de otras lenguas para traducir los manuales de funcionamiento y entender los mensajes en otros idiomas capturados en las antenas de los aparatos.

Ello supuso e implicó la conformación de redes o clubes de radioaficionados que se agruparon en clubes para compartir experiencias, saberes y audiciones (Téllez, 1974; Pareja, 1984). De estas organizaciones surgieron las primeras publicaciones (boletines y revistas) informativas de especificaciones técnicas sobre los distintos modelos de

recepción, frecuencias para captar estaciones con sus programaciones, así como los primeros intentos de emisión propia: los antecedentes de las emisoras.

Se pasaba así de la fase de sólo escucha a la mixta de recepción y emisión. Ese proceso implicó una separación progresiva entre la radio afición y la radiodifusión, cosas totalmente distintas en la actualidad (Tobi, 2015). La primera vez que en Colombia se transmitió una señal a múltiples escuchas fue el 05 de septiembre de 1929, cuando el gobierno nacional inauguró la emisora HJN en Bogotá, pretendiendo formalizar y regular una práctica social en ascenso. Tres meses después iniciaría operaciones la primera estación privada, La Voz de Barranquilla y en la siguiente década las principales ciudades llegaron a contar con varias emisoras que rivalizaban por los oyentes en aumento.

Los radios pasaron de ser un objeto de distinción social, comprados directamente por sus futuros propietarios en almacenes de Nueva York o Berlín, a ser adquiridos por una masa social más amplia en las tiendas que los productores RCA, Philips y Philco, tres de los más exitosos de entonces, abrieron en Bogotá, Medellín, Manizales y Barranquilla. Pero esa des-elitización debe entenderse como un proceso complejo donde se conjugan factores externos e internos de orden cultural, económico, demográfico y político.

La adopción del radio en los hogares colombianos ocurrió en el periodo más intenso de migración campesina a la ciudad, en las primeras dos décadas de la segunda mitad del siglo pasado. Este desplazamiento demográfico, entendido como urbanización y masificación, puede verse con matices singulares en varios países de América Latina (Romero, 1986). La particularidad colombiana fue la ferocidad de la violencia política. Se huía del peligro acechante, del conflicto bipartidista mal resuelto y del guerrillero en crecimiento; así como de la dureza agraria que perdía ante el encanto de las ciudades prometiendo confort y oportunidades económicas. En ese ambiente, la radio nacional floreció.

Si bien la radio existía en las seis principales ciudades colombianas antes de 1948 (Gómez, 2007), fue desde “La Violencia”¹ recrudescida por *El Bogotazo*² cuando se expandió con un vigor inusitado; de hecho el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán produjo transformaciones definitivas en nuestra radiodifusión: minutos después del crimen, algunos liberales se tomaron la Radio Nacional en Bogotá y desde allí invitaban a la resistencia frente al gobierno conservador. Otras emisoras locales, en la capital y el resto del país ensayaron enlaces radiofónicos pasando información sobre lo que iba aconteciendo en cada región y animando la movilización ante el magnicidio. La dimensión nacional alcanzada por la muerte violenta del caudillo liberal fue un hecho sólo comparable a la Guerra con el Perú; pero, fue inusitada por la velocidad de propagación de la noticia, de forma casi inmediata, por la onda corta.

1 Período de 1946 a 1958, determinado por la vuelta al poder del Partido Conservador y el fin de la dictadura que lo derrocó. Se intensificó la pugna bipartidista y se estima la muerte de 300.000 personas. La Violencia (así, con mayúscula) fue el nombre popular del periodo que acabó con el pacto de las élites conocido como “El Frente Nacional”.

2 Se llama *El Bogotazo* a la jornada (9 de abril de 1948) donde fue asesinado el líder populista- liberal, Jorge Eliécer Gaitán, desencadenando la destrucción del centro histórico de Bogotá y una ola de protestas a lo largo del país, contra el régimen conservador en el poder, que cobró la vida de cerca de 3.000 personas.

Esa insubordinación de la radio ante el régimen en el poder produjo la cancelación de la licencia de operación de casi todas las estaciones existentes y el nacimiento de las cadenas radiales, en específico de Radio Cadena Nacional -después conocida, a secas, como RCN- y de la Cadena Radial Colombiana, Caracol; empresas radiofónicas que desde entonces, con la excepción de la tercería episódica de Todelar (fundada en 1957), han dominado el espectro nacional (Castro, 1966). También tuvo efectos en materia de preservación de la memoria radial: prácticamente desaparecieron los registros existentes hasta la fecha y de forma paradójica generó, de ahí en adelante, una política de archivo que obligaba a las emisoras a guardar, para futuras inspecciones del gobierno, los libretos de los programas emitidos al aire.

En este punto vale la pena preguntarse qué tanto *El Bogotazo* le debe a la radio y viceversa. Teniendo como antecedente la narración vía telefónica del accidente fatal de Carlos Gardel por Antonio Henao Gaviria, el primer reportero radial, para “La Voz de Antioquia” (Señal Memoria, 2015), fue superado en transcendencia por -ni más ni menos- el asesinato del representante del populismo nacional, de un líder carismático en pleno centro de Bogotá (por esos días era el centro noticioso de la región al acoger una Conferencia Panamericana), revolucionando el formato broadcasting existente. Desde ese momento la radio pasaría a ocupar un papel central en la escena política, sería uno de los agentes primordiales en la consolidación de un mercado nacional y apalancaría el cambio de una sociedad rural y guerrera a una urbana del entretenimiento en la que el deporte, en especial el balompié, jugaría un rol determinante.

No en vano el fútbol profesional nace en la misma fecha: en 1948, apenas cuatro meses después de *El Bogotazo*. Tampoco será casualidad que la “Vuelta a Colombia” empiece a pedalear el país posible en 1951 y la hípica, toreo, boxeo y lucha libre se convirtieran en entretenimientos populares y alcanzaran su esplendor promediando los años cincuenta (Quitián, 2013). Todas esas actividades ampliaban su espectro de existencia e impacto porque eran transmitidas en banda corta y luego en Amplitud Modulada (AM): porque eran populares pasaban por la radio y pasaban por la radio en virtud de su popularidad (Andrade de Melo, 2012).

El proceso de masificación, concordando con Jesús Martín Barbero (1991), es beneficiario y al mismo tiempo tributario de las mediaciones tecnológicas, en este caso, de la radio. No puede haber mediación exitosa sin población receptiva que le de vida como práctica social, y al contrario. Oír radio se hizo popular. La radiodifusión se normalizó configurando un nuevo escenario económico, un mercado auditivo que empezó como complemento de la prensa (escrita) y luego la subordinó a su lógica; pero, también fue funcional a la pacificación iniciada con la dictadura militar de Rojas Pinilla -en 1953- que “despolitizó” la programación radial con los radioteatros, los humorísticos, las transmisiones del fútbol profesional y de la Vuelta a Colombia y la emisión de las radionovelas.

Esa mudanza de la radio que era, antes del *Bogotazo*, una actividad con la pretensión de refinar la cultura de sus oyentes, emitiendo música clásica e informaba leyendo los titulares de la prensa (después se llamó radioperiódicos), hacia una radio que conjugaba la emisión-transmisión con la propia producción de contenidos (informativos y de entretenimiento),

fue posible por la emergencia de un mercado con pretensiones nacionales, aupado por el principal urbanizador del país: la violencia política que en ese entonces era bipartidista, a saber, entre liberales y conservadores.

La gramática de los programas *post-bogotazo* producidos por las nacientes cadenas (RCN y Caracol) desde Bogotá y Medellín, desaparece el sesgo ideológico característico de los radioperiódicos de las estaciones locales de la década del 40, que eran una versión hablada -una extensión- de los medios impresos, propiedad de los partidos políticos. Se marca una ruptura en ese aspecto: la radiodifusión comercial de aspiración nacional y la más vigilada por su mayor exposición, renunció a ser órgano de difusión editorial de la prensa politizada al cambiar el formato del radioperiódico por el de flash informativo (ejemplo ilustrativo es el legendario “Reporter Esso”) alimentado de servicios de agencias noticiosas como United Press International (UPI), Associated Press (AP) y France Press (FP).

Las emisoras no vinculadas al sistema de cadena, las locales o de espectro regional, gozaron de una relativa libertad en su oferta programática (Roldan, 2013). Esa aparente inmunidad se apoyó en la dificultad de los censores (sobre todo en tiempos de dictadura militar) para seguir las emisiones día a día, sobre todo de las emisoras de pueblos distantes. De ahí la medida gubernamental de exigir el archivo del único testigo almacenable de la radio de entonces: los libretos, piezas escritas que detallaban con precisión lo dicho al aire.

Esa concordancia entre lo escrito y lo divulgado por los micrófonos de las estaciones de radio, se fundamenta en el protocolo del *broadcasting* desde sus inicios hasta finales de los setenta: sólo se emitía lo leído en el libreto o lo interpretado por las orquestas invitadas (después de planta), progresivamente sustituidas por los discos de vinilo cuando se trataba de programación musical; no había lugar para la improvisación y el lugar principal era ocupado por los locutores. Ese sistema, para el caso colombiano, garantizó una suerte de autocensura de los realizadores de los programas, que debían pasar con anterioridad los libretos de sus espacios radiales a funcionarios de las emisoras (“monitores”, directores artísticos, gerentes, dueños), quienes debían tenerlos disponibles para la revisión del gobierno de turno (Salcedo, 2010 y Muñoz López, 2013).

La locución era un oficio para privilegiados. A la buena voz desafiante de la precariedad de los micrófonos y de la baja fidelidad de las transmisiones de esos tiempos, se sumaba una intrincada prueba que exigía cultura general, pronunciación extranjera y conocimientos técnicos de radiodifusión, que en el fondo era otra forma de censura: los exámenes los practicaba el propio ministro de correos y telégrafos (después de comunicaciones) otorgante de las licencias de locución de *Segunda categoría*, de *Primera* y -la de los elegidos- de *Primera y noticias*. Escoger este personal autorizado para leer noticias era asunto estratégico para la supervivencia del régimen.

La Selección Colombia y otra vez la violencia

La Selección Colombia -referida al equipo nacional de fútbol masculino en su categoría de mayores- hace parte del último grupo de equipos nacionales de balompié fundados en Sudamérica; lo que hoy es la federación nacional que regenta este deporte

tiene su antecedente en 1936. Comparte esa tardanza con sus históricos pares de la Gran Colombia: Venezuela (1926) y Ecuador (1925). Esa demora relativa con respecto a Brasil (1914) y el grupo de naciones rioplatenses (Argentina, 1893; Uruguay, 1900; Paraguay, 1906), es correlato de la diferenciada apropiación del fútbol en la región más meridional de América, respecto de los países más ecuatoriales, particularmente aquellos cuyo centro político se constituyó en las alturas andinas.

No es el propósito de este texto explicar el proceso histórico del fútbol en la región, sino identificar el contexto en el que apareció la Selección Colombia o más bien, entender el contexto de su aparición tardía y sus posibilidades narrativas, particularmente de sus propiedades para narrar la patria, poniendo el énfasis en la discursividad radial.

En Colombia, como en el resto de países sudamericanos, tributamos al mito fundacional del balompié erigido sobre la siguiente fórmula: *costas + ingleses + ferrocarril = fútbol*. En efecto, fue traído de afuera, llegó en barco y lo jugaron por primera vez extranjeros y también colombianos que regresaron del exterior y lo enseñaron a sus connacionales.

Pero, su desarrollo tuvo unas características singulares: poca presencia europea en su época aficionada de la primera mitad del siglo XX- debido al poco atractivo del país para recibir colonias extranjeras (Gallo, 2011)- y excesiva presencia foránea en su estreno profesional, especialmente en el lapso conocido como “El Dorado” (1949- 1954). Una posible explicación de la tardanza del fútbol en Colombia es la violencia, su pacificación no se había completado. Los colombianos andaban ocupados en guerrear y todavía ningún bando había triunfado para imponer su hegemonía, por lo que conceder ventaja al enemigo así fuese en el plano simbólico del fútbol, era una concesión que ninguna de las partes estaba dispuesta a otorgar.

Esa simetría de fuerzas entre los contendientes prolongó la guerra, que hizo metástasis con la dictadura militar en el peor momento de “La Violencia”, dando paso a la tregua pactada por las partes repartiéndose el poder en el llamado “Frente Nacional” (1958-1974)³, excluyendo o dejando “fuera del pacto” a la base social guerrera, desatando un conflicto mayor a juzgar por la duración que todavía lo tiene vigente: la lucha entre el establecimiento y la insurgencia. De nuevo el dualismo, otra vez la simetría entre las partes haciendo imposible una pacificación por victoria fulminante o derrota rotunda, esta vez entre el Estado y las guerrillas.

Jamás se alcanzó una *parlamentarización* de la sociedad al estilo inglés de finales del siglo XVIII, a los efectos de crear un ambiente de confianza entre los viejos enemigos y produjera una *deportivización* del entorno social (Elias, 1992). Hubo pacificaciones locales-temporales, al ritmo de las elecciones y por eso mismo fragmentadas (el país es fruto de constantes re-acomodaciones demográficas por desplazamientos armados), que proveyeron paz provisional en ciertos territorios. Si bien las causas de la guerra civil venían de arriba y del centro (Bogotá), la paz vía pacificación se surtía desde abajo y desde lo local (Quitián & Urrea, 2015).

3 Acuerdo entre la dirigencia de los partidos conservador y liberal para deponer su confrontación político-militar y dar a fin a la dictadura militar del general Gustavo Rojas Pinilla. En virtud de ese pacto hubo cuatro periodos presidenciales (dos por cada partido), entre 1958 y 1974.

Así, el fútbol no germina en territorios en paz ni pacificados: pelea o está presente a pesar de la violencia porque su componente, en el profesionalismo, es un actor fuera del escenario de guerra: los extranjeros. Ellos son encarnación de la modernidad (todo los foráneo lo es por definición), estandarte de la civilización (al dominar un arte refinado, un sport inglés) y, lo más importante, son neutrales (Quitán, 2015).

La aparente precariedad entre sus inicios y el tardío comienzo del profesionalismo, con la inauguración del campeonato nacional en 1948, contrasta con un hecho exuberante para el padrón de la región en esa época. Seis ciudades, con un promedio de distancia entre ellas de 500 kilómetros, participaron del torneo profesional, creando el circuito más extenso de América del Sur, donde la mayoría de países circunscribieron sus campeonatos a dos ciudades: Brasil (Rio de Janeiro-Sao Paulo), Argentina (Buenos Aires- La Plata), Paraguay (Asunción- Luque), Perú (Lima- El Callao), Ecuador (Quito- Guayaquil) o de una sola ciudad: Uruguay (Montevideo), Chile (Santiago), Bolivia (La Paz) y Venezuela (Caracas).

Ese circuito es el perímetro de un mapa, del fútbol, pero, también el mapa del ciclismo en el recorrido de las primeras diez Vueltas a Colombia en bicicleta (1951-1960). Es la cartografía del país pensado desde el centro, de la nación posible, de la modernidad, de la civilización y de la progresiva pacificación de las ciudades no por derrota militar, sino por desplazamiento demográfico e influencia económica: el campo era un lugar peligroso para vivir por ser escenario de los hechos violentos y la incipiente industrialización sumada a la constitución de un mercado regional-nacional -en la que la radio jugó un papel protagónico- precisó cada vez más de asalariados y consumidores.

El Dorado y la imposibilidad de una selección nacional

Con la media docena de ciudades iniciando el torneo nacional se comprueba que la topografía accidentada, un mito geográfico de célebre vigencia, no retardó el fútbol. De hecho en Colombia -todavía hoy- es eminentemente andino; la excepción es Barranquilla, a orillas del Atlántico, sede del Junior. En la ciudad de Cali ubicada sobre la cordillera a 1.018 m.s.n.m, capital del Valle del Cauca y sede de los Clubes América y Deportivo Cali, tampoco la violencia impidió su florecimiento, al contrario, aceleró su desarrollo con la inauguración apresurada del torneo profesional a pocos meses del hecho de violencia política más importante del siglo pasado: *El Bogotazo*.

El Dorado (en clara metáfora del mito indígena⁴), iniciado un año después de inaugurado el torneo profesional, en 1949 y concluido a finales de 1954, es denominado el periodo del fútbol nacional en el que arribaron a Colombia una legión de futbolistas de América del Sur y Europa para vestir los uniformes de los equipos locales. Ocurrieron fenómenos como este: en 1952, el Club Millonarios de Bogotá con futbolistas argentinos de la talla de Alfredo Di Stéfano, Adolfo Pedernera y Néstor Rossi, entre otros, fue llamado en España como *el mejor equipo del mundial* por vencer al Real Madrid en sus bodas de oro

4 La leyenda del Dorado es un relato mítico de los conquistadores españoles referido a la existencia de un pueblo lleno de riquezas áureas e inspirado en un ritual muisca en el que el cacique se sumergía cubierto su cuerpo de polvo de oro, en las aguas de la laguna de Guatavita.

y a otros clubes europeos; campaña que repetiría en 1953 cuando se coronó campeón -en Caracas- de la Pequeña Copa Mundo de Clubes, por encima del River Plate de Argentina, Rapid Viena y el RCD Español.

En definitiva, *El Dorado* tuvo dos consecuencias inmediatas: la desafiliación de Colombia de la CONMEBOL (Confederación Suramericana de Fútbol) y de la FIFA y un desarrollo atípico e ilusorio caracterizado por clubes fuertes y la imposibilidad de un equipo nacional.

El Dorado fue un hecho excepcional. Su principal característica es su alto componente internacional, que ha sido descrito como un auténtico campeonato sudamericano de fútbol: la presencia de jugadores nacionales era marginal, obligando con el paso de los años a reglamentar el número mínimo de jugadores nacionales por nómina. Antes que ciertas ligas europeas, como la italiana, española e inglesa, tuvieran jugadores de muchas nacionalidades en sus equipos, el torneo colombiano de *El Dorado* presentó esa peculiaridad.

Mientras tanto, a duras penas se conseguía conformar una Selección Colombia para participar en los torneos del calendario sudamericano: la hoy llamada Copa América y las eliminatorias mundialistas. Y si hubiese equipo, no podría participar por la sanción de la FIFA, dada la piratería de jugadores que hizo posible *El Dorado*.

El escenario del fútbol en la primera parte del siglo pasado se sintetiza en la imposibilidad de contar con un equipo nacional de cierta regularidad y la disputa -también registrada en varios países de la región- por el control del fútbol entre el amateurismo y el profesionalismo.

Esa confrontación tuvo como protagonistas a la entidad pro rama aficionada Adefútbol, afincada en Barranquilla y Dimayor, con sede en Bogotá, proponiendo el manejo del balompié desde el profesionalismo. Al final, guiño presidencial de por medio, triunfó el profesionalismo y el centralismo bogotano, causando una nueva sanción de la FIFA porque se desconoció a su representante, Adefútbol.

Interinidad e improvisación signaron el fútbol nacional produciendo derrotas vergonzosas, eclipsando la posibilidad de un encantamiento con el equipo nacional, tal como había acontecido en otros países del continente: especialmente, nos referimos al furor desatado por las selecciones Uruguay (campeona de los Juegos Olímpicos de 1924, de 1928 y de la Copa Mundo de 1930), Argentina (de las Copas América de 1921, 1925, 1927 y 1929 y del Subcampeonato Mundial de 1930), Brasil (de las Copas América de 1919, 1922 y 1949 y del Mundial de 1950) y Perú de los Juegos Olímpicos de 1936 y de la Copa América de 1939.

Así, entre la herencia de *El Dorado* que retardó el advenimiento de un fútbol genuinamente criollo con nivel de competencia, se sumaron seis años de sanción internacional en el lapso de las décadas del cincuenta y primera mitad del sesenta. Por tanto, las únicas competencias futbolísticas asumidas con regularidad fueron las de menor prestigio en la tradición futbolera surcontinental, aquellas de resorte del olimpismo: Juegos Bolivarianos, Juegos Centroamericanos y del Caribe y Juegos Panamericanos.

Se configura así un escenario donde no fue necesario ni posible tener una Selección Colombia: ¿Para qué si aquí teníamos, al decir de la prensa de la época, el mejor fútbol del mundo? Y si eso no hacía desistir del propósito de tener un equipo nacional, subsistía la pregunta ¿Con cuáles jugadores si los colombianos apenas eran suplentes de las estrellas que jugaban aquí?

Selección Colombia: identidad, alteridad e invento radial

Las dificultades para conformar una **Selección Colombia** y la imposibilidad de tener un carácter competitivo, no le permitía ser un *operador de nacionalidad* en los términos definidos por Alabarces (2008): animadora de discursos de lo nacional basados en las victorias que no llegarían.

El ajuste narrativo a la derrota llegaría por la vía del consuelo: ser *los ganadores morales, el jugar como nunca y perder como siempre* y experimentar el síndrome de “los cinco centavitos para el peso” (Carrión, 2007, 9-11). Estrategia discursiva que erigía una ponderación distinta del desempeño del equipo nacional de balompié, otorgándole méritos excesivos a la derrota digna, los empates heroicos y a las escasas victorias en torneos de menor tradición como los Bolivarianos y los Centroamericanos y del Caribe.

Esa es la razón para que en la memoria colectiva hayan pervivido hasta hoy, resultados de ese tenor: el empate 4 x 4 ante la URSS en Chile 1962, el Subcampeonato de la Copa América de 1975 y el 1 a 1 ante Alemania en el Mundial Italia 1990. Fueron pautados por la prensa de la época y todavía hoy los mantiene vivos en el recuerdo (El Tiempo, 2012), remarcados por los radioperiódicos de esos días que ya tenían una sección fija para los deportes, particularmente para el fútbol, auspiciada por una empresa que -a través del *sponsoring*- se convirtió en una multinacional (Gillette auspicia el deporte desde 1939).

Esa reivindicación de la derrota es el elemento sui generis de la Selección Colombia, que después de firmado el “Pacto de Lima” obligando -en octubre de 1954- a la devolución de los jugadores fichados sin respetar los pases de origen, empezó a nacionalizar argentinos para competir por los colores del equipo nacional. La mayor cantidad de extranjeros provino de Argentina, se estima que 350 actuaron a lo largo de *El Dorado* y a la fecha de hoy unos 3.500 han vestido camisetas de equipos colombianos⁵.

Fue tanta la presencia argentina que pronto el término “extranjero” en el ambiente del fútbol nacional se hizo sinónimo de “argentino”: los equipos pensaban sus refuerzos en clave rioplatense, casi todos argentinos, con la excepción del club Pereira contratante de sólo paraguayos, el Cúcuta traía uruguayos y esporádicamente el Junior de Barranquilla trajo a brasileños, entre ellos a auténticas celebridades futbolísticas como Heleno de Freitas, Garrincha, Dida y Quarentinha. Vinieron en procura de mejores salarios, venidos a menos por la huelga en 1948 del fútbol en Argentina, dando nacimiento a El Dorado.

5 Contabilidad inédita, realizada por los autores con base en los registros bibliográficos disponibles (Libros de historia de los equipos) porque no existe registro oficial de Dimayor.

Lo ocurrido configuró el balompié colombiano: ellos -extranjeros- se quedaron a hacer escuela, se radicaron, se nacionalizaron y no sólo actuaron por la Selección, sino que dirigieron al equipo. Embelesamiento albiceleste expresado en el primer y último directores técnicos de la Selección: Fernando Paternóster y José Pekerman (actual DT, de celebrada gestión en el pasado mundial de Brasil 2014); además de otros “gauchos” (como se les llamaba aquí) tales como Taioli, Orlandini, Pedernera y Bilardo. Así, la escuela argentina se impuso en el fútbol nacional y también en el de la Selección.

La influencia, también se dio en el plano radial: hasta el país llegaban las transmisiones de onda corta de los juegos en Buenos Aires; pronto los primeros locutores, entre ellos, Carlos Arturo Rueda -citado al comienzo- y Gabriel Muñoz López, empezaron a imitar los relatos radiales futboleros y, en general, deportivos. El principal objeto de remedo fue Buck Cannel, radicado en Nueva York, en dónde transmitía los juegos de beisbol de Estados Unidos.

Andrés Salcedo, locutor barranquillero, afirma que no sólo copiaron y adaptaron al medio colombiano el estilo escuchado a través de otras radios del exterior, especialmente la argentina, sino también el modelo de transmisiones: inclusión del comentarista, elevación del puesto de narración a las graderías (antes se hacía al borde de la raya lateral) y ubicación de reporteros con micrófono en lugares estratégicos del estadio (Salcedo, 2010).

Con el desarrollo del fútbol nacional (especialmente la participación de clubes colombianos en torneos internacionales como la Copa Libertadores), la presencia argentina comenzó a ser desafiada. Hubo debates en programas radiales como “La Polémica” donde se discutía la ahora considerada excesiva presencia foránea. La nacionalización fue decayendo promediando los años sesenta y disposiciones generales de la FIFA reglamentando el número de extranjeros por escuadra, produjeron una mudanza en la demografía futbolística: de establecer una identidad con los valores foráneos -particularmente argentinos- se pasó a la promoción de rivalidad con el “otro” escogido de la escuela rioplatense, encabezada por los antiguos maestros coterráneos de la legión que años atrás encabezara Pedernera.

Esa alteridad fue alimentada en cada torneo de selecciones. El proceso incluía una asimilación estética y discursiva del estilo brasilero (resumida en la expresión “jogo bonito”) y una crítica del estilo argentino, condensado en el término “marrulla” y vehiculado en la “garra charrúa y la guaraní” de uruguayos y paraguayos y en la maña y picardía criolla de los argentinos. Perder con Brasil, fútbol que gozaba de la admiración de las mayorías, era el resultado lógico; hacerlo ante selecciones del cono sur era motivo de tristeza y con las andinas, particularmente con Venezuela, algo rayano en la vergüenza.

El desarrollo de ese proceso se puede acompañar en la escucha de programas radiales de gran éxito de sintonía como “La polémica de los deportes” de Radio Caracol, inició emisiones en enlace nacional a mediados de los años sesenta y clausuró actividades en diciembre 2003, tenía un esquema basado en Bogotá e integraba periodistas de otras ciudades del país para polemizar sobre el tema del día; y “Momento deportivo” de RCN Radio, inaugurado a mediados de los años 50 por Carlos Arturo Rueda. En el análisis de la discursividad de los periodistas es claro que se pierde con Brasil por su buen fútbol y con Argentina por la trampa. Así se heroiza el fútbol metonimizado en el samba y se demoniza (villaniza) el metaforizado en el tango.

Tiempo de reposición: apuntes finales

Una de las claves para entender la historia colombiana es la violencia política del siglo XX, particularmente la ocurrida desde el periodo de “La Violencia” (1946- 1958): signada por el dualismo no resuelto, siempre enfrentó dos bandos que jamás lograron la derrota del adversario para imponer una pacificación. En ese marco aparece el deporte como una estrategia de delimitación del umbral del conflicto diluido en los centros urbanos y se potencia en el campo. El perímetro de esa frontera es trazado por el ciclismo con la Vuelta a Colombia en bicicleta iniciada en 1951 y el circuito de ciudades que inauguran el torneo profesional de fútbol en 1948.

Esos dos eventos deportivos de vocación nacional se gestan meses después del punto más álgido de violencia política del siglo pasado: el *Bogotazo*, que desencadena un periodo bautizado por la historiografía deportiva como *El Dorado* en el fútbol. Su singularidad es el componente extranjero que primero construye identidades: hay sintonía con lo foráneo por ser neutral en el conflicto, señal de modernidad y símbolo de la civilización. Luego lo reconfigura (con su antípoda) en alteridades, se transforma el fundamento de lo identitario, lo venido de afuera, en su opuesto simbólico: se erigió en adversario lo anteriormente propio. Se vuelven rivales los que antes jugaban con nosotros y para nosotros: los extranjeros, especialmente los argentinos. Ello a través del deporte.

La radio es la mediación de estos eventos. Es la primera que envía, con eficacia, mensajes de alcance nacional y no sólo es un medio, sino logra ser un fin en sí misma: unifica la nación, labor que la política no logró cuajar por la polarización partidista. La figura del locutor, en particular del relator deportivo (influenciado por los estilos narrativos de Argentina, Cuba y Brasil) configura un lugar para la emoción mediante la narración de las gestas deportivas, que en gran medida desplazan los apasionamientos políticos propios del periodo.

Pero, ese relato desgarrado, épico, entusiasta, encarnado en la figura del locutor por antonomasia del balompié nacional, Carlos Arturo Rueda, está imposibilitado de confeccionar una narrativa de la cohesión nacional a través del triunfo por el deficiente desempeño del equipo nacional, la Selección Colombia, en los campeonatos en los que tardíamente participa. Tal demora es atribuible a la inutilidad de competir fuera del país porque se tiene la certeza de tener un emulo de torneo suramericano en Colombia, dada el alto componente internacional de las escuadras del rentado nacional y también, como consecuencia de lo anterior, al poco nivel competitivo de los futbolistas nacionales que eran suplentes de las estrellas extranjeras.

De esa forma, la radio opta por elaborar un discurso que incluye una ponderación de la derrota: se valora perder dependiendo del rival y el coraje puesto en la disputa; así mismo, se construye un “otro” en lo discursivo y lo atlético. Ese rival latente mantiene la tensión del relato y garantiza la eficacia del mensaje no enmarcado en el ganar o perder, sino en el “nosotros”- “otros”.

Referencias bibliográficas

- ALABARCES, Pablo (2008). **Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación argentina**, Prometeo libros, Buenos Aires.
- ANDRADE DE MELO, Victor (2012). “Causa e consequência: esporte e imprensa no Rio de Janeiro do século XIX e década inicial do século XX”, em **O esporte** na imprensa e a imprensa esportiva no Brasil, 7 letras, Rio de Janeiro, 21- 50.
- BOTERO, Sandra (2006). “La reforma constitucional de 1936, El Estado y las políticas sociales en Colombia”, en **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**.
- CASTRO, Felix. (1966). **Estructura de la radiodifusión colombiana**. Ediciones Colcultura, Bogotá.
- ELIAS, Norbert (1992). **A busca da excitação**. Lisboa: Difel.
- GALLO, Luis (2011). **Inmigrantes a Colombia. Personajes extranjeros llegados a Colombia**. Editor- impresor Luis Álvaro Gallo, Bogotá.
- GÓMEZ CONCHA, Rodolfo (2007) “La radio en Colombia”, en MERAYO, Arturo (compilador) **La radio en Iberoamérica: evolución, diagnóstico y prospectiva**. La reserva, Sevilla: 138- 160.
- MARTÍN- BARBERO, Jesús (1991). **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**. Ediciones Gustavo Gili, S.A., Barcelona.
- PAREJA, Reynaldo (1984). **Historia de la radio en Colombia: 1929- 1980**, Servicio colombiano de comunicación social, Bogotá.
- QUITIÁN, David (2013) “Deporte y modernidad: caso Colombia. Del deporte en sociedad a la modernización de la sociedad”, en: **Revista Colombiana de Sociología**, Vol. 36, no. 1. Enero- junio, 2013, 19- 42.
- QUITIÁN, David & URREA, Olga Lucía (2015) “Fútbol, desarrollo social y patria: la violencia como factor de *lo nacional* en clave de gol” en: **Revista San Gregorio**, Universidad de Portoviejo- Ecuador; novena edición, en prensa.
- QUITIÁN, David (2015) “La voz académica del fútbol en Colombia: una lectura desde la violencia”, ponencia del **Seminario Internacional de Estudios Sociales del Deporte “Impacto de los mega eventos deportivos y desafíos para las Políticas públicas”**, realizado en Santiago y Valparaíso- Chile en junio de 2015.
- ROMERO, José Luis (1986). **Latinoamérica: las ciudades y las ideas**. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- SASTOQUE, Edna. (2011). “Tabaco, quina y añil en el siglo XIX: Bonanzas efímeras”, en **Credencial Historia** No. 255, 01-03-2011, Bogotá, 8-16.
- TÉLLEZ, Hernando (1974), **Cincuenta años de radiodifusión colombiana**. Ediciones Bedout, Bogotá.
- TOBI, Ximena. (2015). “La radio en sus avisos: Publicidad gráfica en momentos de transformación institucional (Buenos Aires, 1920–1980)”, **Tesis para optar por el título de Magister en Investigación en Ciencias Sociales**. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Web

- EL TIEMPO. (2012). Chile 62, 50 años de nuestro primer Mundial de Fútbol. **Eltiempo.com**. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/Multimedia/especiales/Colombia-Chile1962/>. Consultada el 30/09/2015.
- MUÑOZ LÓPEZ, Gabriel. (2013). Programa “Figuras”. **RCN Radio**. Disponible en: <http://www.antena2.com.co/audios/figuras/gabriel-munoz-lopez-periodista-53522>. Consultada el 08/09/2015.
- SALCEDO, Andrés. (2010). Programa “Café Caracol”. **Radio Caracol**. Disponible en: http://caracol.com.co/programa/2010/09/25/audios/1285412400_367381.html. Consultada el 11/09/2015 (53’29”).
- SEÑAL MEMORIA (2015). La muerte de Gardel en Historias de Onda Larga. Disponible en: <http://www.senalmemoria.co/articulos/la-muerte-de-gardel-en-historias-de-onda-larga>. Consultada el 30 de septiembre de 2015
- ROLDAN, Mary (2013). Voces ciudadanas: radio y esfera pública en Colombia 1930-1962. **Cátedra de la Memoria 2012-1 de la Universidad del Rosario**. Disponible en Canal YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=dzafvT_JEY4 . Consultada el 29/09/2015.